CAPÍTULO V.

El príncipe medita su fuga.

Entonces halló que seria muy difícil efectuar lo que era muy fácil de suponer efectuado. Cuando alzaba los ojos y miraba en derredor, veíase encerrado por las barreras de la naturaleza que aun no se habian roto nunca, y por aquella puerta por la que no podia irse ninguno de los que una vez entraron por ella. El príncipe estaba impaciente como un águila entre rejas, y vivia una semana tras otra trepando por los montes para ver si habia alguna abertura oculta entre los follajes; pero todas las cimas halló inaccesibles por su prominencia. En cuanto á la puerta de hierro, desesperaba de abrirla, puesto que no solamente estaba asegurada con todo el poder del arte, sino que tambien era siempre vigilada por centinelas sucesivos, y por su posicion estaba expuesta á la contínua observacion de todos los habitantes.

Luego examinó la caverna que recibia las aguas del lago, y mirando su interior precisamente cuando el sol brillaba con fuerza sobre su boca, descubrió que estaba llena de rocas hendidas que, aunque daban paso al raudal, impedirian el de cualquier cuerpo sólido. Raselas se retiró desalentado y afligido, mas como ya conocia lo halagüeño de la esperanza, decidióse á no desesperar jamás.

Estas infructuosas pesquisas duraron diez meses. El tiempo empero transcurria alegremente: Raselas se levantaba por la mañana con nuevas esperanzas, al anochecer quedaba satisfecho de sus diligencias, y por la noche dormia profundamente despues de su fatiga. Hallaba mil pasatiempos que entretenian su tarea y variaban sus pensamientos; discernia los diversos instintos de los animales y propiedades de las plantas, y descubrió que el valle abundaba en maravillas con que se proponia solazarse, si nunca podia realizar su proyecto de fuga; entretenimientos que sus esfuerzos, aunque estériles, le habian proveido de una inagotable fuente de averiguaciones.

Pero su primera curiosidad aun no desmayaba, y el príncipe resolvió adquirir alguna noticia de las costumbres de los hombres: aun continuaba su deseo, pero decrecia su esperanza. Cesó de escudriñar los muros de su prision y de malograr sus afanes en busca de intersticios que ya se figuraba no podian hallarse, aunque resuelto á no cejar en su designio y aprovechar cualquier expediente que el tiempo ofreciera.

CAPITULO VI.

Disertacion sobre el arte de volar.

Entre los artistas atraidos al *valle feliz* para ocurrir á la comodidad y placeres de sus habitantes, habia un hombre

eminente por sus conocimientos en las artes mecánicas, que habia inventado muchas máquinas útiles y recreativas. Por medio de una rueda movida por la corriente, dirigió el agua á una torre, desde donde se distribuia hácia todas las habitaciones del palacio. En el jardin construyó un pabellon, en derredor del cual el ambiente se mantenia siempre fresco, gracias á unas lluvias artificiales. Una de las alamedas, destinada para las mujeres, era ventilada por unos grandes abanicos á que daba constante movimiento el riachuelo que por allí se deslizaba; y á cierta distancia estaban colocados varios instrumentos de suave música, sonando los unos á impulsos del aire, y los otros por el poder de las aguas del arroyo.

Raselas visitaba de vez en cuando á este artista, pues tenia suma aficion á toda clase de conocimientos, imaginando que tal vez llegaria un tiempo en que le serian útiles los suyos en medio del mundo. Cierto dia fué á verle para entretenerse agradablemente segun su costumbre, y hallóle ocupado en la construccion de un pequeño coche con velas: entendió que el designio era practicable sobre una superficie plana, y con expresiones de alto aprecio le rogó que concluyese la obra. El artista se regocijó de merecer tanta consideracion por parte del príncipe, y resolvió obtener aun mas distiguidos honores.

—Señor, le dijo, tú no has visto mas que una parte insignificante de lo que las ciencias mecánicas pueden realizar. Creo desde hace mucho tiempo que en vez de la tardía con-

duccion de los buques y de los carruajes, el hombre puede hacer uso del rápido movimiento de las alas, toda vez que las regiones del espacio están abiertas á la inteligencia: solamente la ignorancia y la pereza necesitan arrastrarse por el suelo.

Semejante insinuacion enardeció el deseo del príncipe de trasponer las montañas, y habiendo visto lo que el mecánico habia ya ejecutado, creia que todavía era capaz de ir mas adelante en sus obras; pero determinó aguardar á que el tiempo le cerciorase mas de ello, antes de permitir que sus esperanzas quedasen frustradas, y antes de sufrir un cruel desengaño.

—Me temo dijo al artista, que vuestra imaginacion prepondere sobre vuestra habilidad, y que me esteis diciendo mas bien lo que deseais que lo que sabeis. Todos los animales tienen asignado su elemento: las aves cruzan los aires y los hombres y los brutos andan y se arrastran por la tierra.

—Tambien los peces viven en el agua, replicó el mecánico, en la que los brutos, empero, pueden nadar por naturaleza y los hombres por arte. Quien puede nadar, no debe desesperar de volar: nadar es volar en un flúido mas espeso, y volar es nadar en otro mas sutil. Solo hemos de proporcionar nuestro poder resistente á la diversa densidad de la materia que debemos atravesar. Si logras renovar algun impulso rápido en el aire, de modo que el aire ceda rechazado por la presion, necesariamente surcarás el espacio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Pero el ejercicio de nadar, dijo Raselas, es muy trabajoso, y pronto se cansan los miembros mas robustos; yo temo que la accion de volar será todavía mas violenta, y que las alas no servirán de mucho, á menos que podamos volar mas tiempo que cuando nadamos.

—El trabajo de levantarnos del suelo para volar, dijo el artista, será grande, pues lo vemos en las aves domésticas mas pesadas; pero á medida que vayamos ascendiendo, disminuirán gradualmente la atraccion de la tierra y la gravedad del cuerpo, hasta que llegaremos á una region en que el hombre flotará en los aires sin tendencia alguna á caer. Entonces para movernos tan solo necesitaremos un leve impulso. Tú, señor, cuya curiosidad es tanta, fácilmente concebirás el placer con que un filósofo, provisto de alas y suspendido en el firmamento, contemplaria la tierra y todos sus habitantes girando debajo de él y presentándole sucesivamente, gracias á su diario movimiento de rotacion, todos los países de un mismo paralelo. ¡Cuánto se maravillaria el supremo Espectador al mirar la movible escena de la tierra y el océano, de las ciudades y los desiertos! al examinar con igual serenidad los emporios del comercio y los campos de batalla! al ver montañas infestadas de bárbaros, y fructíferas regiones llenas de abundancia y arrulladas por la paz! ¡Cuán fácilmente descubriríamos entonces el Nilo en toda su longitud, nos trasladaríamos á distantes regiones y examinaríamos la faz de la naturaleza de un extremo á otro de la tierra!

— Todo eso es muy sublime é inflama los deseos de verlo, dijo el príncipe; pero se me figura que nadie podrá respirar en aquellas regiones de especulacion y tranquilidad. Me han dicho que en las montañas muy elevadas se respira difícilmente, y que hasta es muy fácil caer de las alturas donde por su elevacion es muy grande la tenuidad del aire. Por consiguiente, sospecho que, sea cual fuere la altura donde puede vivirse, hay peligro de descender demasiado rápidamente.

— Nada se ensayaria, replicó el artista, si primero debieran vencerse todas las objeciones posibles. Si quieres favorecer mi proyecto, yo aventuraré el primer vuelo á mi propio riesgo. He estudiado la estructura de todos los animales volátiles y aprendido que las alas del murciélago son las mas á propósito para la forma humana; de modo que mañana empezaré mi trabajo bajo este modelo, y dentro de un año espero remontarme por los aires, léjos de la malicia y persecucion del hombre. Empero solamente trabajaré con la condicion de que no se divulgará el arte y no me mandarás sino construir alas para nosotros mismos.

— ¿Por qué ambicionas para tí solo, preguntó Raselas, una ventaja tan grande á los demás? Todas las habilidades, todos los conocimientos prácticos deben ejercerse en bien de la grande universalidad humana. Cada hombre tiene deberes que cumplir con sus semejantes, y la obligacion de dispensar y difundir los favores que ha recibido.

—Si todos los hombres fuesen virtuosos, observó el artista, yo tendria un gran placer en enseñarles el arte de volar; mas ¿dónde la seguridad de los buenos si los malos pudieran cómodamente perseguirles por el profundo espacio? Contra un ejército que atravesara las nubes, ni muros, ni montañas ni mares podrian ofrecer la menor garantía de salvacion. Una horda de salvajes del norte podria entonces cruzar la atmósfera y precipitarse súbitamente y con irresistible violencia sobre la capital de cualquier país fértil que se moviese debajo de ellos; hasta en este valle, retiro de príncipes y mansion de la felicidad, podria ser invadido por el repentino descenso de algunas de las naciones bárbaras que hormiguean en las costas del mar austral.

El príncipe prometió el secreto, y aguardó la realizacion del designio, no desconfiando enteramente del buen éxito. De cuando en cuando visitaba la obra, observaba sus progresos, y emitia muchas é ingeniosas ideas para facilitar el movimiento y hermanar la ligereza con la fuerza. Cada dia quedaba mas convencido el artista de que en su vuelo dejaria atrás á los buitres y á las águilas, y el contagio de su confianza invadia tambien al príncipe.

Al cabo de un año se concluyeron las alas, y una madrugada, al despuntar la aurora, el constructor apareció en un altillo, dispuesto á volar: agitó sus alas algun tiempo para recoger aire, despues dió un brinco y acto contínuo cayó en el lago. Sus alas, que para nada servian en el aire le

sostuvieron en el agua, y el príncipe le sacó de ella casi muerto de terror y pesadumbre.

CAPÍTULO VII.

El príncipe halla á un hombre de saber.

No se afligió mucho Raselas de este desastre, si bien habia esperado un éxito mas feliz, tan solo porque no veia otro medio de evasion; y aun persistia en su designio de abandonar el valle feliz á la primera oportunidad.

Su imaginacion suspendió su carrera; su corazon perdió la esperanza de entrar en el mundo; y á pesar de todos sus esfuerzos para dominarse, el descontento le minó paulatinamente, y el príncipe empezó á sumir otra vez sus pensamientos en la tristeza, cuando la estacion lluviosa, que en aquellos países es periódica, le impidió efectuar sus excursiones á los bosques.

La lluvia duró mucho tiempo y cayó con mayor violencia que nunca; las nubes se estrellaban contra los montes del valle y los torrentes invadian la llanura por todas partes, hasta que la caverna fué demasiado angosta para absorber el agua. Desbordóse el lago, y todo el llano del valle fué presa de la inundacion. Los ojos no podian descubrir mas que la eminencia en que descansaba el palacio, y algunos pequeños espacios de terreno algo prominentes. Los ganados

abandonaban los pastos, y todos los animales se refugiaban en las montañas.

Esta inundacion redujo á los príncipes á las diversiones domésticas, y Raselas hubo de fijar particularmente su atencion en un poema que Imlac leia, sobre las varias condiciones de la humanidad. Ordenó al poeta que le aguardase en su habitacion y le recitara sus versos por segunda vez; y entablando luego una conversacion familiar, creyóse feliz por haber hallado un hombre que tan bien conocia el mundo y tan hábilmente pintaba las escenas de la vida. Hízole mil preguntas sobre objetos á que permanecia extraño en razon á su confinamiento desde su niñez. Dolióse el poeta de su ignorancia; gozábase en su curiosidad, y de dia en dia le iba nutriendo de novedades é instruccion; por manera que el príncipe sentia la necesidad de dormir y deseaba que la siguiente aurora renovara su placer.

Cierto dia que estaban sentados juntos, el príncipe mandó á Imlac que le relatara su historia y le contase por qué accidente se vió obligado, ó qué motivo le indujo á encerrar su vida en el valle feliz; y cuando el poeta iba á comenzar su narracion, Raselas fué llamado á un concierto y tuvo que reprimir la curiosidad hasta la noche.

CAPÍTULO VIII.

Historia de Imlac.

En los países de la zona tórrida, la única sazon de entretenimiento y recreo empieza al anochecer, y por consiguiente la música no cesó y las princesas no se retiraron hasta pasado el filo de la media noche. Entonces Raselas llamó á su compañero y solicitó el comienzo de la historia de su vida.

—Mi historia, señor, no será larga, dijo Imlac: la vida consagrada á la instruccion, trascurre silenciosamente, y es poco diversificada por los acontecimientos. Hablar en público, meditar en la soledad, leer y escuchar, preguntar y contestar á las preguntas, esta es la ocupacion de un literato, el cual discurre por el mundo sin pompa y sin temor, no siendo conocido ni estimado mas que por los hombres como él.

Yo ví la luz primera en el reino de Goyama, no muy léjos del nacimiento del Nilo. Mi padre era un rico mercader que negociaba entre los países centrales de Africa y los puertos del Mar Rojo. Era honrado, económico y diligente; pero de medianos sentimientos y escasa comprension: solamente se afanaba por ser rico y ocultar sus riquezas, á menos que fuese despojado por los gobernadores de la provincia.

—Muy poca atencion, dijo el príncipe, fijará en verdad

mi padre en el ejercicio de su dignidad, si nadie se atreve en sus dominios á enseñorearse de lo ajeno. ¿No sabe por ventura que los reyes son responsables de la injusticia permitida como de la que ellos mismos cometen? Si yo fuese emperador, nadie oprimiria impunemente al mas humilde de mis súbditos. Mi sangre hierve de indignacion cuando se me dice que un mercader no se atreve á disfrutar de sus lucros legítimos por temor de perderlos en las garras de la codicia de los poderosos. Díme el nombre del gobernador que roba al pueblo, que yo puedo enterar de sus extorsiones al emperador.

—Tu celo, señor, repuso Imlac, es el efecto natural de la virtud animada por la juventud: cuando remplaces á tu padre, tal vez oirás hablar con menos impaciencia del gobernador. En los estados de Abisinia la opresion no es frecuente ni tolerada; pero todavía no se ha descubierto ninguna forma de gobierno que tienda á extirpar radicalmente la crueldad. La subordinacion supone poder por una parte y sujecion por otra; y si el poder reside en las manos de los hombres, algunas veces se abusará de él. La vigilancia del magistrado supremo puede hacer mucho, pero todavía quedará mucho por hacer: él nunca puede estar al corriente de los crímenes perpetrados, y raras veces castigar los de que tiene conocimiento.

—No te entiendo, replicó el príncipe; pero prefiero oirte á disputar. Continúa tu narracion.

—Mi padre, prosiguió Imlac, no pensó primeramente en darme otra educacion que la que me hiciese apto para el comercio, y descubriendo en mí una memoria felicísima y una comprension viva y rápida, manifestaba á menudo sus esperanzas de que yo seria algun dia el hombre mas rico de Abisinia.

—Pero, ¿por qué tu padre, observó el príncipe, deseaba acumular mas riquezas, cuando eran ya mayores de las de que osaba disfrutar ó hacer ostentacion? No quiero dudar de tu veracidad, pero las contradicciones no pueden ser igualmente ciertas una respecto de otra.

—Las contradicciones, repuso Imlac, no pueden ser igualmente justas una respecto de otra; pero sí ciertas con relacion al hombre; fuera de que la variedad no es contradiccion, y mi padre podia esperar un tiempo de mayor seguridad. Como quiera que sea, para no vivir en la inaccion se requiere algun deseo, y el hombre que ve satisfechas sus necesidades reales, debe admitir las del capricho ó del gusto.

—Eso lo concibo en cierto modo, dijo el príncipe. Arrepiéntome de haberte interrumpido.

—Con esa esperanza, prosiguió Imlac, me envió al colegio; pero cuando á un mismo tiempo descubrí el deleite de la instruccion y sentí el placer de la inteligencia y el orgullo del ingenio, empecé á despreciar ocultamente las riquezas, y resolví frustrar el intento de mi padre, cuyo obtuso entendimiento excitaba mi compasion. Antes de que mi padre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

me sometiera á la fatiga de los viajes, ya contaba yo veinte años de edad y habia sido instruido por sucesivos profesores en toda la literatura de mi país natal. Como á cada momento aprendia alguna cosa nueva, mi existencia era una fruicion contínua; pero á medida que yo adelantaba con respecto á los secretos de la humanidad, decrecia notablemente la veneracion que solia tributar á mis maestros, pues cuando terminaba la leccion ya no les hallaba mas sabios ó mejores que el comun de los hombres.

Mi padre resolvió por último iniciarme en el comercio, y abriendo una de sus arcas subterráneas, sacó diez mil piezas de oro y me dijo: « Estos, hijo mio, son los fondos con que debes negociar; yo empecé con menos de la quinta parte, y tú ves cuanta diligencia y economía la han acrecentado. Esta suma es tuya para que la disminuyas ó aumentes. Si la derrochas por negligencia ó capricho, no serás rico hasta despues de mi muerte; pero si dentro de cuatro años duplicas la cantidad, desde entonces depondremos toda subordinacion y viviremos juntos como socios y amigos, pues al que me iguale en el arte de enriquecerse, le consideraré siempre como á igual mio. »

Pusimos nuestro dinero sobre unos camellos, escondido en fardos de géneros de bajo precio, y partimos para la costa del Mar Rojo. Cuando esparcí mis miradas sobre la extension de las aguas, mi corazon saltó como el de un prisionero escapado, y nació en mí una ardiente é inextinguible curiosidad.

Entonces resolví aprovechar aquella oportunidad para ver las costumbres de otras naciones y aprender ciencias ignoradas en Abisinia.

Recordé que mi padre me habia obligado al aumento de mis fondos, no con una promesa que yo no debia violar, sino con un castigo en que era dueño de incurrir; y por lo tanto determiné satisfacer mi deseo favorito y apagar la sed de mi curiosidad en las fuentes de la sabiduría.

Como se me tenia por un comerciante independiente de mi padre, fueme fácil trabar conocimiento con un patron de barco y tomar pasaje para otro cualquier país. Yo no tenia motivos para elegir la direccion de mi viaje, con tal que á donde quiera que fuese pudiera ver un país vírgen aun de mis miradas, y esto me bastaba. Embarquéme pues en un buque que zarpó para Surat, dejando para mi padre una carta en que le declaraba mi intento.

CAPITULO IX.

Continúa la historia de Imlac.

Al entrar por primera vez en el mundo de las aguas y al perder de vista la tierra, miré en torno con alegre temor, y creyendo dilatada mi alma por tan ilimitada perspectiva, me figuré que podria contemplar lo que me rodeaba, sin cansar-

me nunca; pero luego me fastidié de mirar aquella uniformidad, donde solo veia lo que habia ya visto. Entonces me retiré á mi camarote y dudé por un momento de si todos mis placeres no tendrian un fin como aquel, esto es, el disgusto y el desengaño. Empero, seguramente el océano y la tierra, dije, son muy diferentes; la única variedad del agua es la tranquilidad y el movimiento, al paso que la tierra tiene montes y valles, ciudades y desiertos; está habitada por hombres de costumbres distintas y de opiniones divergentes; y puedo prometerme variedad en la vida, aunque la eche de menos en la naturaleza.

Con esta reflexion me tranquilicé, y durante la travesía me entretuve, ora aprendiendo de los marineros el arte de la navegacion, que yo nunca habia practicado, ora trazándome planes de conducta en las diferentes situaciones en que jamás me habia visto.

Cuando estaba casi aburrido de mis entretenimientos navales, arribamos salvos á Surat. Aseguré mis fondos, y comprando algunos géneros de lujo me incorporé á una caravana que partia para el interior del país. Mis compañeros, conjeturando, por cualquier razon que fuese, que yo era rico, y coligiendo mi ignorancia de mis preguntas y admiracion, me consideraron como á un novicio á quien tenian derecho á engañar, y que debia aprender, al precio de costumbre, el arte del fraude. Expusiéronme á la rapiña de los criados y á la exaccion de los oficiales, y viéronme saqueado bajo falsos

pretextos, sin mas ventaja para ellos qne gozarse en la superioridad de su experiencia.

—Pára un momento, dijo el príncipe. ¿Tan malvado es el hombre, que se complazca en atormentar á sus semejantes sin utilidad propia? Concibo fácilmente que todos se gloríen de su superioridad; pero tu ignorancia era meramente accidental, y no siendo crímen ni tontería, no podia ofrecerles el menor motivo para alabarse; y en cuanto á la experiencia que tenian y de que tú carecias, tan eficazmente hubieran podido hacerla brillar aconsejándote, como engañándote y vendiéndote.

—El orgullo, observó Imlac, rara vez es delicado, y se contenta con ventajas muy mezquinas; y la envidia no saborea el fruto de su felicidad sino cuando lo compara con la espina de la desgracia ajena. Eran mis enemigos, porque el sentimiento de mi riqueza les apenaba, y mis opresores, porque mi debilidad les divertia.

—Adelante, dijo el príncipe. No dudo de los hechos que vas relatando; pero imagino que los atribuyes á causas equivocadas.

—Con aquella caravana, continuó Imlac, llegué á Agra, capital del Indostan, ciudad donde ordinariamente reside el gran Mogol. Dediquéme al estudio del idioma del país, y en pocos meses pude conversar con los hombres instruidos, algunos de los cuales hallaba morosos y reservados, otros francos y comunicativos, otros no dispuestos á enseñar lo que di-

ficilmente habian aprendido, y otros manifestando que el objeto final de sus estudios era adquirir la dignidad de profesor.

Me recomendé tanto al tutor de los jóvenes príncipes, que fuí presentado al emperador como hombre de entendimiento no comun. El emperador me dirigió muchas preguntas relativamente á mi país y á mis viajes, y aunque no puedo recordar lo que dijo de la libertad de un hombre del pueblo, separéme de él admirado de su saber y enamorado de su amabilidad.

Tan grande fue entonces mi crédito, que los mercaderes con quienes habia viajado solicitaban mis recomendaciones cerca de las señoras de la corte. Quedé sorprendido del atrevimiento de sus peticiones, y reprendíles suavemente por su comportamiento durante nuestro viaje; pero me oyeron con fria indiferencia, sin dar señales de bochorno ó de pesar.

Pretendieron esforzar sus ruegos sobornándome con una gratificacion; pero lo que la buena voluntad no me inspiraba, no lo hacia yo por interés, y les rechacé, no porque me hubiesen injuriado, sino porque no queria poner en sus manos un arma que hiriese á los demás; pues sabia que habrian explotado mi influencia para defraudar á los compradores de sus géneros.

Habiendo permanecido en Agra hasta que no hallé nada mas que aprender, me interné en Persia, donde ví muchos restos de la grandeza antigua y noté otras muchas comodidades de la vida. Los persas son eminentemente sociales, y

sus reuniones me ofrecieron frecuentes ocasiones de observar los caractéres y las costumbres, y formarme una idea de la naturaleza humana en todas sus variaciones.

De Persia pasé á la Arabia, donde ví una nacion pastoril y belicosa á la vez, que vive sin residencia fija; cuya única riqueza consiste en ganados y rebaños, y cuyas generaciones, desde las mas remotas, han heredado y vienen sosteniendo una guerra contra todo el género humano, aunque no ambicionen ni envidien sus posesiones.

CAPÍTULO X.

Continuacion de la historia de Imlac. Disertacion sobre la poesía.

Do quiera que iba, hallaba yo que la poesía se consideraba como el ramo mas elevado de la literatura y se miraba con una veneracion algo semejante á la que el hombre rendiria al ángel de la naturaleza. Y lo que tambien me colmaba de maravilla, era que en casi todos los países se admiraba á los poetas mas antiguos como á los mejores, bien porque otra cualquier clase de conocimientos es una adquisicion gradualmente obtenida, y la poesía es un don conferido de una sola vez; bien porque la primera poesía de todas las naciones les sorprendió por su novedad, y conservó con el consentimiento público la celebridad que primero recibiera accidentalmente;